

Cuentos para trabajar el respeto por la diversidad

Sansón el oso vegano

Érase una vez un oso un poco particular. Sansón era un oso fuerte con un pelo brillante y una barriga muy gordita y redonda.

Era un oso distinto a todos los demás porque a él le gustaba ser amigo de todos los animales de la montaña; conejos, cabras, pájaros, jabalíes... El resto de osos y osas de le decían que él no debía ser amigo de otros animales porque él era omnívoro y tenía que comer carne para vivir.

Como sansón aún era pequeño, su madre se encargaba de traerle la comida para alimentarse pero él... no comía. Pasaban los días, y la madre, preocupada, le preguntó:

– ¿Por qué no comes Sansón?

Sansón, tímido pero con valentía le respondió:

– Porque no quiero comerme a mis amigos.

– Pero... Sansón, hijo; tú eres un oso y debes comer carne para crecer. Dijo su madre.

La madre de Sansón se quedó pensativa y a la vez preocupada por su pequeño.

Sansón se sentía diferente a todos los demás leones, lamía la escasa hierba que había en el suelo, comía alguna fruta que caía de los árboles, cortaba los tallos de las plantas para saborearlos y cuando ya había llenado su barriga, caminaba hasta un gran río en el que decenas de cabras descansaban y bebían agua. Al principio, los animales del río huían al ver que se acercaba Sansón, pero pronto, comprendieron que él no era como los demás, que era un amigo.

Sansón corría junto a las liebres, jugaba con los peces y charlaba con las aves. A él, no le hacía falta hacer daño a otros para vivir.

Los otros osos se reían de Sansón, le hacían burlas, le señalaban y cuchicheaban.

Llegó el invierno y junto a él, la escasez de alimentos. Los animales del lago permanecían ocultos, apenas había rastro de ellos. Las aves se acurrucaban en sus calentitos nidos y los osos buscaban sin parar peces que pescar para llevarse a la boca.

Sansón, iba en secreto cada día a hablar con sus amigos los animales del río y por supuesto, conocía sus escondites.

Sus compañeros los osos comenzaban a ponerse enfermos, sobre todo los ancianos y los más jóvenes. Fue entonces cuando pidieron consejo a Sansón:

– Sansón, dijo la osa líder, ¿cómo haces para mantenerte tan sano? Cuéntanos tu secreto para que todos podamos ponernos a salvo.

– Yo... yo sólo soy vegano. Como no tengo que cazar animales ni pescarlos, estoy acostumbrado a recolectar frutos durante todo el año para que cuando llegue el invierno, tenga con qué alimentarme.

Sansón guió a la osa líder hasta el lugar en el que guardaba sus frutos y decidió compartirlos con todos los demás osos. Todos los osos y las osas rugían de placer al probar esos manjares que Sansón había recolectado con tanto cariño y esmero.

Acabó el invierno y con ello, los pájaros volvieron a cantar, los animales del lago salieron del escondite y los osos salían cada mañana a recolectar frutos, grano y otros alimentos deliciosos. Ahora, todos los habitantes del lago eran amigos y vivían felices respetándose los unos a los otros.

Negrita

Había una vez una oveja negra llamada negrita que vivía rodeada de hermosas ovejas blancas. Negrita se sentía diferente y por eso se alejaba de las demás, en ocasiones tenía ganas de relacionarse con sus compañeras, de ir a comer hierba con ellas y sobre todo, cuando llegaba el duro invierno deseaba más que nunca dormir pegadita a las demás ovejas para resguardarse del aire y del frío abrigada por sus grandes abrigos de lana blanca.

Negrita pensaba que las demás ovejas, blancas y perfectas se reían de ella y que no la querrían nunca por ser diferente. Pasaba un día, otro y otro y negrita estaba cada vez más y más triste, envidiando la vida de las ovejas blancas. De vez en cuando se acercaba despacio, intentando no llamar la atención, pero, en cuanto se metía en el rebaño, sus

compañeras empezaban a hablar: - Beee - Beee beee. - Beee bee bee. Desorientada y confusa, Negrita no se paraba a escuchar lo que las otras ovejas querían decir, se sentía muy muy triste, emprendía marcha atrás y volvía a ocultarse en un lugar tranquilo a salvo de las miradas de sus compañeras. Mientras tanto, las demás ovejas blancas charlaban admirando la hermosa lana negra de nuestra amiga Negrita. Unas decían que al ser más oscura en invierno pasaría menos frío ya que a los rayos de sol les gustaba más el color negro, otras murmuraban que era tan bonita que no quería hablar con ellas, las más viejas aseguraban que habían conocido a otras ovejas negras y que siempre eran seres especiales que daban suerte pero que por una extraña razón, siempre se alejaban del grupo. Las ovejas jóvenes decían que Negrita se creía mejor que todas y que por eso no quería comer donde estaban ellas. Entonces, Mee, una oveja anciana con la lana despeluchada, carraspeo y dijo: - Beee ¿no os dais cuenta de que negrita se siente triste? Es diferente sí, pero ¿acaso no somos diferentes cada una de nosotras?

Se armó un enorme alboroto, todas las ovejas balaban sin cesar dando sus opiniones: - Paulina es más alta que las demás. - ¡Churra tiene la lana mucho más larga! - Atina es muy delgada. - ¡Josefa tiene pelo entre las cejas! Entonces, la anciana Mee, volvió a hablar: - No debemos tratar mejor o peor a una compañera por no parecerse a nosotras, porque todas somos diferentes. ¿Por qué no vamos a saludar a negrita y la invitamos a comer con nosotras? Todas las ovejas se pusieron muy contentas ante la idea de la anciana oveja y emprendieron rumbo al escondite de Negrita. Negrita estaba durmiendo, soñando con ser una oveja blanca cuando de repente entreabrió los ojos y se vio arropada por un enorme manto blanco con bocas sonrientes. Negrita alzo la mirada, se acurrucó entre sus compañeras y se sintió más feliz que nunca. A partir de ese día, Negrita siempre estaba junto a sus amigas y comprendió que ser diferente no era algo malo, que todas sus compañeras tenían algún rasgo especial que las hacía únicas y empezó a sentirse orgullosa de su enorme mata de lana negra.

Juana la gitana

Juana la gitana es una niña muy salada.
Siempre lleva una coleta y presume de coqueta.
Juana siempre se levanta con legañas en la cara
se lava con agua y jabón que le gusta un montón.
Tiene mucho cuidado, con no desperdiciar agua,
por eso cierra los grifos, mientras los dientes se lava.

Juana la gitana siempre desayuna
usando la cuchara
y hablando con su familia.

Le encantan las galletas y el zumo de piña.
Cuando acaba siempre recoge su vaso y lo lleva a la pila.

Juana la gitana siempre ayuda en su casa
y ayuda en el colegio a todos sus compañeros.

Juana la gitana es una superheroína
porque rescata a los animales, que se quedan sin familia.

Y también ayuda a los mayores
cuando quieren cruzar la calle
y no saben dónde está el paso de peatones.

Juana comparte sus juguetes
Con los niños que no tienen
y estos a cambio ríen, y le besan los mofletes.

Juana la gitana canta y baila,
siempre sonrío y sabe ser muy educada.

Juana la gitana cena
Bien sentadita en la mesa
Luego se lava los dientes

Y se acuesta muy contenta.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Rocío y Nala

Rocío, siempre fue una niña especial, al igual que todos los niños que pueblan nuestro planeta.

Era una niña preciosa, pero pronto, sus padres empezaron a preocuparse. No interaccionaba como los demás niños ni con los adultos; no sonreía, apenas sostenía la mirada cuando sus padres la miraban a los ojos, ya con más de un año, no señalaba objetos con su dedo, tal como hacían sus amiguitos en el parque, y poco a poco, según iba creciendo, se iba marcando una notable diferencia respecto a los demás niños de su entorno.

Aunque sus papás, notaban algo raro, no quisieron alarmarse y no fue hasta los seis años, cuando una profesora del colegio, concertó una tutoría con ellos para verificarles lo que ellos sospechaban. Rocío, tenía síntomas de TEA, es decir, Trastorno del Espectro Autista. Tras acudir a muchos médicos, terapeutas y una larga lista de especialistas, se emitió el diagnóstico. Rocío, tenía “Síndrome de Asperger”.

A partir de ese momento, la vida de Rocío y de toda la familia dio un vuelco de 180 grados; médicos, terapeutas, actividades, cambio de colegio y un largo etc.

La niña hacía pequeños avances, pero los padres empezaban a impacientarse por querer que fuera “normal”, la etiqueta que habían colgado a Rocío, cada día pesaba más y más. Cierta día, mientras iban al Centro de Atención Temprana, donde Rocío hacía unos ejercicios muy divertidos que le ayudaban a trabajar la parte de comunicación e interacción social que tanto le costaba, se cruzó Nala en su camino. Nala era una enorme Husky Siberiana, los padres se quedaron paralizados al ver a ese animal tan enorme frente a ellos, pero la niña, extendió su mano para acariciarla. No sabemos muy bien por qué, Nala y Rocío establecieron un vínculo de amistad inigualable, posiblemente, sin saberlo, ambas cargaban con una horrible etiqueta que condicionaría el resto de sus vidas, una por ser “Asperger” y la otra por ser “Husky”, considerados una raza “fría y poco cariñosa”.

El día a día de Rocío, empezó a cambiar; si bien continuaba sin establecer demasiado

contacto con su familia y otras personas, gracias a la perra, era capaz de hacer cosas sola que antes no podía, como por ejemplo, dormir en su propia cama sin necesitar a sus padres. Nala, permanecía acurrucada al lado de la niña durante toda la noche y si esta se despertaba asustada, se buscaba las mañás para acabar entre sus brazos y calmarla. ¡Y no sólo eso!, en el colegio, empezaba a contar historias sobre Nala a su profesora, que la escuchaba con mucha atención, además, se volvió toda una experta en perros ¡le apasionaban! y pasaba gran parte de su tiempo memorizando razas y cosas acerca del mundo canino. Toda la inteligencia de Rocío, había pasado hasta ahora bastante desapercibida pero, cada día que pasaba, Rocío, dejaba ver más y más su gran capacidad para recordar números, para resolver sumas, restas, etc. Sus padres, estaban maravillados con el cambio y su profesora, le mostraba a la niña lo orgullosa que estaba de ella, eso sí, sin abrazarla ni besarla (porque no aguantaba muy bien el contacto físico con otras personas).

Nala ayudó a Rocío a ir tolerando ciertas cosas que antes no soportaba, como los ruidos excesivamente altos, o el simple contacto con otro humano. De un modo totalmente mágico, ayudó a que el mundo de Rocío, se ampliara. Ambas, hacían sentir la una a la otra que no estaban solas. Y así, poco a poco, niña y perra, un tanto apartadas de una realidad ruidosa, rápida y un tanto deshumanizada, hicieron comprender a su familia y al mundo entero, que cada uno de nosotros tenemos un valor único, que a unos se nos da bien unas cosas, a otros otras, que unos somos artistas, otros filósofos, que hay mentes maravillosas para las matemáticas que no toleran los besos y gente que da abrazos excepcionales y no toleran las matemáticas, Nala y Rocío mostraron al mundo que cada ser, tiene una importante labor y que las etiquetas son para la ropa ¡no para ellas!

Y colorín colorado, Rocío y Nala un trocito de corazón y mundo, juntas han conquistado.

La gatita que no sabía ronronear

Había una vez, una linda gatita blanca a la que se le había olvidado ronronear.

Era una gatita sin nombre, sucia y sin hogar.

Perdida en la carretera, una voz oyó hablar. Mojada, con frío y asustada, cerró los ojos y se dejó llevar.

La gatita no confiaba en los humanos. Una vez tuvo unos; tenía juguetes, una cama para dormir calentita... pero un día, sin saber por qué, los humanos cogieron su coche y la metieron en su cesta de viaje. Ella, pensaba que iban de vacaciones o al veterinario pero no fue así. Se bajaron del coche, abrieron la puerta de su cesta de viaje y la dejaron sola en medio de una carretera oscura y fría en mitad de la noche. Gatita no comprendía nada. Ella siempre se había portado muy bien y, cuando sus humanos pensaban que había hecho algo malo la pegaban, ella estaba acostumbrada, aunque no le gustaba nada que lo hicieran, ¿por qué simplemente no podían decir que eso no se hacía en lugar de pegar?, ¿no son los seres humanos inteligentes y seres empáticos?

Con los ojos entreabiertos gatita miró hacia arriba y allí estaba; un ángel con rostro humano que la había recogido de esa horrible carretera. Estaba muy sucia, mojada y tenía los colmillos partidos por la mitad, además tenía alguna que otra herida en su cuerpo ¿qué me pasa? pensaba gatita que se sentía muy incómoda y con la tripa más hinchada de lo normal.

Esa misma noche mientras gatita se acicalaba, sin previo aviso, empezaron a salir bebés de su tripa: ¡un gatito, dos gatitos, tres gatitos, cuatro gatitos, cinco gatitos, seis gatitos y siete gatitos!

¡Había tenido siete pequeños gatitos que sin parar maullaban!

Gatita, no entendía nada y con tantas emociones nuevas se había olvidado de ronronear. De repente, notó una suave caricia que recorrió su cuerpo e hizo que se le cerrasen los párpados de los ojos.

Una gata, una humana y una mirada. ¡Te llamas Alba! y así, la gatita sin nombre, ya podía ser nombrada.

Alba pasó mucho tiempo en adaptarse a su nueva casa y vivía con su hijo Simba del que no se separaba. Pero Alba... no ronroneaba y su compañera humana se preocupaba ¿no será feliz? ella siempre se preguntaba y además... ¿por qué siempre que se acercaba Alba bufaba?

La humana quería a Alba tal como ella era y comprendía que necesitaba tiempo para lograr ser feliz, al fin y al cabo su vida no había sido fácil.

Poco a poco, la gatita empezó a querer y a confiar en su amiga humana; la seguía por toda la casa, dormía pegada a sus piernas... pero no ronroneaba.

La humana dejó de preocuparse y simplemente se centró en querer a Alba y en aceptarla. No hacía falta que ronronease si no quería, ellas se querían, se entendían y se respetaban. No hacía falta ronroneos ni palabras. Y es que Alba no ronroneaba como los demás gatos sino que lo hacía en silencio, a través de su mirada.